

Vida consagrada e integridad de la creación

Alejandro Fernández Barrajón, mercedario
Presidente de CONFER

Un cielo nuevo y una tierra nueva donde habite la justicia
“Sed vigilantes, salvad el planeta”
(Benedicto XVI a los jóvenes en Loreto en 2007)

Para comenzar

Por suerte nuestro tiempo se besa cada día más con toda naturalidad con la ecología. Ha crecido de manera admirable una conciencia ecológica entre nosotros que se traduce en una honda preocupación por la naturaleza. No sabemos si en el fondo es un cierto miedo a un futuro contaminado en todos los sentidos, a la amenaza real del cáncer o si en realidad es un deseo ardiente de hermanarnos con la naturaleza y descubrir así la huella de Dios en ella.

Lo cierto es que en esto nos va la vida. Cada día lo sabemos más. La gente manifiesta una importante preocupación y precaución ante la energía nuclear, las radiaciones, las antenas de telefonía móvil, las torres solares, los abonos químicos, los productos transgénicos e incluso los teléfonos móviles por miedo a posibles radiaciones dañinas o contaminaciones posibles para la salud. Y hace muy bien.

Necesitamos reconciliarnos con la madre naturaleza, encontrarnos en ella, disfrutar de ella y para eso es imprescindible conocerla, respetarla y amarla.

Yo he crecido a la fe en plena naturaleza. Antes de tener conciencia de Iglesia y mucho más de normas, ritos y estructuras, he rezado en lo alto de los montes, mientras acompañaba a mis cabras, entre almendros y olivos, a la sombra de la ladera de la montaña y en lo alto de los picos más rocosos donde la vista se perdía en el horizonte. Puedo decir, con toda propiedad, que mi fe es primero y esencialmente ecológica.

Mi primer atentado ecológico y mi primera lección ecológica ocurrió cuando tenía solo seis años...

Desde muy niño he disfrutado contemplando el sol que nace de lo alto y en mi interior he cultivado una preciosa intuición: que tanta belleza no era casual sino regalo de un amor inmenso de Alguien que nos amaba sin medida y al que más tarde pude identificar por la fe de mi madre y la fe de la Iglesia, la otra madre, con el nombre de Dios.

El primer templo donde yo he rezado siendo niño ha sido la montaña y el valle. Admirado la mayoría de las veces por la luz radiante de la mañana, con tonos rosados y dorados, y asustado en otras ocasiones por la fuerza amenazante de la tormenta cuando los cielos se enlutecían y descargaban inmisericordes sus rayos y truenos, su viento y la furia del agua sobre nuestros trigales maduros. Y en esas circunstancias mi madre me enseñó a agradecer y a suplicar.

Me enseñó a agradecer la belleza de las peonías que crecen en la solana de los cerros, el agua que escasea tanto en nuestras tierras manchegas, la vida recién estrenada de los polluelos y perdigones que me encontraba cada día en los nidos y en los surcos por donde caminaba acompañando mi pequeño rebaño. Cuando llegaba la primavera y nuestras sierras, agostadas y maltratadas por los hielos del invierno, se cubrían de verde y de flores, todo exigía una oración y una admiración sin remedio.

Cuando las sierras, abarrotadas de jaras, se vestían de flores blancas bellísimas, la oración brotaba de mis labios niños con la misma serenidad con que el agua brota del manantial. Y más de una vez me arrodillé sobre la tierra alfombrada de hierba en lo alto del monte o en el valle para

rezar con sencillas oraciones que me había enseñado mi madre u otras que yo mismo me inventaba. Nadie me forzaba, nadie me veía, pero yo sabía muy bien que Dios me miraba con cariño y escuchaba atentamente lo que yo le decía en el secreto del silencio. Era nuestro secreto. Me enseñaron a agradecer y a suplicar.

Cada vez que la tormenta amenazaba y oscuros nubarrones, en pleno mes de julio se cernían sobre los trigales y centenos y sobre las vides cuajadas de racimos tiernos todavía, mi madre nos llevaba, a mis hermanos y a mí, a una habitación oscura, a rezar para pedir a Dios que la tormenta no hiciera daño a las cosechas a punto de ser recogidas. Aún puedo ver, si hago memoria en el corazón, la pequeña vela encendida que mi madre guardaba para aquellas ocasiones.

En efecto el primer templo donde he rezado ha sido la naturaleza; y el primer templo material donde he rezado ha sido el que yo mismo he construido con piedras y pizarras para albergar una pequeña piedra, que a mí me parecía una imagen de la virgen, o una pequeña cruz que yo mismo había tallado con mi machete monte arriba y monte abajo.

Nadie podrá negarme que la naturaleza ha sido para mí ámbito de fe y de encuentro con el Dios escondido que tenía prisa por dárseme a conocer. Aún hoy, después de tantos años, cuando recorro los viejos montes de mi infancia pastoril puedo encontrar, si me lo propongo, pizarras marcadas por mí con una cruz o pequeños garabatos donde puede leerse María. Son las marcas de una fe infantil pero firme que quería abrirse paso con decisión, como la vida.

Yo descubrí muy pronto la huella de Dios en la naturaleza y esta fe infantil se hizo tan intensa que hasta hoy vivo de las rentas de entonces.

Yo quisiera encontrar palabras -y no lo he conseguido- para explicaros la emoción intensa y la experiencia mística que he sentido cuando caminaba de madrugada con mis cabras hacia la cumbre de la montaña mientras los senderos se iluminaban por la luz de la luna llena. Como si una caricia blanca de luz de Dios se hubiera depositado en las piedras y en los senderos, en las encinas y en los tomillos.

Supe después que aquella fe era infantil porque estaba unida solamente a la belleza y no contemplaba el sufrimiento y la injusticia.

La primera duda o inquietud que surgió en mí vino acompañada del pan. Mi madre nos enseñó a besar el pan cada vez que un trozo se nos caía al suelo. Y recuerdo que siempre nos decía: el pan es un regalo de Dios y no se puede tirar porque hay muchos niños en el mundo que no tienen pan para comer. Y mi fe empezó a llenarse de interrogantes, muy simples, pero muy necesarios para crecer. En la misma naturaleza descubrí la crueldad y la violencia de manera evidente. ¿Cómo olvidar que la culebra devoró en muchas ocasiones los polluelos que yo cada día veía crecer en su nido? ¿Cómo olvidar la picadura cruel de la víbora a mis cabras y su sufrimiento porque no podían comer con la boca hinchada por el efecto del veneno? ¿Cómo olvidar la crueldad del águila que criaba en los riscos del monte llamado Madroñal, que yo tantas veces exploré, cuando se lanzaba sobre los cabritos recién nacidos y los convertía en su presa? Descubrí entonces que la vida era compleja y misteriosa. Exactamente igual que sucede con la ecología.

Ecología, ¿moda o necesidad?

En ciertos ámbitos sociales se vincula la ecología con una moda más, como si fuera un tatuaje estético que necesita la modernidad. En otros ámbitos la ecología es patrimonio y propuesta exclusiva de la izquierda, de los grupos radicales alternativos y acaba reducida a pura propuesta política y hasta desestabilizadora.

Con frecuencia reducimos la conciencia ecológica a una cuestión puramente banal y bucólica, pero el ecologismo bien entendido es una auténtica propuesta renovadora y revolucionaria que quiere poner en cuestión grandes dimensiones de la vida social, la

instituciones, la economía global, las políticas neoliberales, la tecnología, la ética, para terminar replanteando la situación actual de los derechos humanos y los derechos de la tierra. Se trata de proponer un nuevo paradigma de la vida que promueva una relación entre los humanos más en función de la vida y de su futuro, que del presente y su economía.

La Iglesia, y en ella la vida consagrada, ha cometido el pecado de la dejadez y del olvido a la hora de vivir en primera persona la propuesta ecológica. Y ahora parece que tenemos prisa por recuperar el espacio y el tiempo perdido para que nadie nos arrebate lo que ha sido siempre patrimonio eclesial. Nunca es tarde si la dicha es buena. Pero nos queda mucho camino que recorrer. Aún son escasas las propuestas ecológicas desde el ámbito eclesial y extrañas las homilias que abordan la propuesta ecológica como voluntad de Dios y ámbito de crecimiento humano y espiritual. Aún son escasos los movimientos de apoyo, desde el espacio eclesial, a los grupos humanos, religiosos o no, que tienen entre sus prioridades la ecología. Preferimos ir por libre en vez de sumarnos a lo que ya actúa.

El Pasado mes de septiembre (2007), en Loreto, donde absurdamente se afirma que fueron trasladados milagrosamente los restos de la casa de la Virgen, el Papa nos sorprendía vestido de verde haciendo propuestas ecológicas y concienciando a la comunidad internacional de la urgencia de tomar actitudes positivas hacia el medio ambiente como exigencias de nuestra fe: "Antes de que sea demasiado tarde, es necesario tomar decisiones valientes, que sepan volver a crear una fuerte alianza entre Dios y la tierra"

En su primera encíclica "Deus caritas est" el Papa ya había afirmado sin paliativos: "La fundada preocupación por las condiciones ecológicas en que se encuentra la creación en muchas partes del mundo encuentra motivos de tranquilidad en la perspectiva de la esperanza cristiana, que nos compromete a actuar responsablemente en defensa de la creación"

Y el Papa Juan Pablo II en el número 90 de Vita Consecrata nos animaba "a respetar y defender la naturaleza mediante la reducción del consumo, la sobriedad y una obligada moderación de los propios apetitos" En el ámbito de la vida consagrada se ven cada día más publicaciones y encuentros que abordan la preocupación ecológica, felizmente.

El Encuentro Nacional de Vida Religiosa de Madrid noviembre de 2005, dedicó uno de los catorce talleres de estudio a la justicia, la paz y la integridad de la creación, que arrojó unas conclusiones sorprendentes y esperanzadoras. Algo se empieza a mover con fuerza en la vida consagrada en el ámbito de la ecología.

Entre las conclusiones aparecen:

Hay una espantosa organización del sistema establecido.

Proponemos desde CONFER:

- Una espiritualidad evangélica, compasiva y samaritana
- Que aliente un estilo de vida sencillo, acogedor y solidario.
- Una práctica social transformadora y liberadora
- En red entre diversas congregaciones e instancias de la Iglesia y otros movimientos sociales.
- A través de la formación inicial y permanente
- Siendo voz profética pública en las situaciones difíciles

En enero del año 2007 CONFER organizó unas jornadas bajo el eslogan: "Ecología: cuestión de justicia y de paz". En aquellas jornadas, José Eizaguirre, marianista, partía de dos premisas muy elementales, pero de gran calado para entender la situación que estamos viviendo: "La situación ecológica del planeta está llegando a un deterioro irreversible debido a un modelo de desarrollo devastador" "La solución pasa, por tanto, por un cambio en el estilo de vida consumista de las sociedades desarrolladas, hacia un menor consumo y más respetuoso con el medio ambiente" (CONFER, volumen 46, número 178, pág 331 ss. Madrid. Abril-junio 2007)

Tenemos planteadas ya dos premisas que nos señalan la situación actual, el problema, y, a la vez, pistas o caminos abiertos por donde tenemos que caminar.

Entre los compromisos de futuro de la Asamblea de la UISG, celebrada en Roma en mayo del 2007, aparece una novedosa propuesta directamente relacionada con el tema que nos ocupa. Dicen las superiores generales: "Tenemos que favorecer el despertar de una conciencia ecológica que se exprese mediante opciones concretas y coherentes". (Vida Religiosa, número 7/vol. 103. Julio de 2007)

Algo se está moviendo en la conciencia ecológica de la vida consagrada de hoy.

Radiografía de la cuestión ecológica hoy.

Asistimos a un espectáculo sobrecogedor. En función de intereses puramente económicos estamos contaminando y devastando la tierra en un proceso imparable de autodestrucción que no sabemos cómo parar. Se levantan voces de alarma en muchos lugares del mundo pero la fuerza de los intereses económicos y los sistemas consolidados de poder y dominio acallan y doblegan estas voces para no perder peso político y seguir manteniendo los imperios. El cambio climático que estamos padeciendo y que origina sequías pertinaces y, en la misma medida, inundaciones destructivas, está haciendo saltar todas las alarmas.

No seremos realmente conscientes del problema hasta que nos afecte de una manera directa y dramática. Y parece que ya está sucediendo. El deshielo creciente de los polos, el aumento del nivel de agua del mar, los fuegos devastadores que calcinan miles de hectáreas de bosque y matorral cada año, el desierto que avanza inexorablemente, nos están cuestionando fuertemente y lo mejor que podíamos hacer es dejarnos cuestionar. Está avanzando una desertización terrible en las tierras y en los corazones que amenazan con una imparable sequedad.

La película "La historia interminable" del libro del alemán Michael Ende, lo expresaba simbólicamente de manera muy bella en "la Nada" que avanzaba por doquier y llenaba de noche y de muerte todo cuanto tocaba dispuesta a destruir el Reino de la Fantasía.

La contaminación extiende sus garras sucias por todo el planeta, se adueña de los ríos, se instala en los lagos y hasta los grandes mares se sienten ya más cloacas que espacios de vida. Basta con señalar, a modo de ejemplo, la contaminación del lago Victoria, el más grande de África del que se alimentaban los habitantes de la zona gracias a la pesca y que ha sido altamente contaminado por residuos traídos desde Europa que han matado incluso a algunos habitantes de allá cuando han consumido los peces del lago. ¡Una auténtica vergüenza de la civilización europea!

Parece que estamos ante una especie humana depredadora de todo cuanto toca: el aire, los bosques, el agua, la tierra, el subsuelo, los mares, el espacio.

Es necesario, hoy más que nunca, detener esta dinámica economicista que todo lo destruye. Y no sólo porque la naturaleza merece la pena sino porque nosotros mismos somos naturaleza, pertenecemos a esta tierra, no seríamos nada sin el agua que nos compone orgánicamente, venimos de la tierra y nos apearemos en la estación de la tierra como último destino. Esta lucha no es puro idealismo es una lucha por nosotros mismos y por nuestros hijos. Es una lucha a favor de la especie humana. Es cuestión de simple supervivencia. "Bienaventurados los misericordiosos porque ellos poseerían la tierra"

¿Y esto qué provoca en la vida consagrada de hoy?

Sobre todo una toma de conciencia creciente. Los consagrados estamos invitados a cultivar una triple ecología:

La ecología de lo humano

La ecología de lo humano comienza por cuestionar esta situación vergonzosa de pobreza radical en la que viven millones de seres humanos. Éste es el atentado ecológico más perverso.

Ante la miseria de tantos seres humanos sin futuro y sin esperanza no caben medias tintas. La degradación de lo humano se ha convertido en un desastre ecológico sin precedentes. Sobre todo en un momento en el que sobran recursos naturales y económicos para hacer frente a esta situación que clama al cielo. Si no apostamos, en primer lugar, por una ecología de lo humano será muy difícil avanzar en una ecología de la naturaleza, porque lo humano es la naturaleza misma en su mejor expresión creada y creadora. La enfermedad de lo humano se contagia de inmediato a la propia naturaleza. No está enferma la naturaleza y eso afecta al ser humano. Está enfermo el ser humano y eso afecta necesariamente a la naturaleza.

Los objetivos del milenio, que en algún momento supusieron una esperanza ilusionante en la ecología de lo humano son cada vez más papel mojado. Y mientras esto no sea una cuestión prioritaria no afrontaremos en serio una ecología de la naturaleza que promueva un progreso sostenible.

Los objetivos del Milenio auspiciados por la ONU son éstos:

- 1) Erradicar la pobreza extrema y el hambre.**
- 2) Lograr la enseñanza primaria universal**
- 3) Promover la igualdad entre los géneros y la autonomía de la mujer.**
- 4) Reducir la mortalidad infantil**
- 5) Mejorar la salud materna.**
- 6) Combatir el SIDA el paludismo y otras enfermedades.**
- 7) Garantizar la sostenibilidad del medio ambiente.**
- 8) Fomentar una asociación mundial para el desarrollo.**

La encarnación del hijo de Dios es el mejor argumento teológico a favor de la ecología de lo humano. Los seres humanos somos la naturaleza misma. Resulta emocionante el discurso del jefe indio Seattle ante el gobernados Stevens en Washintong, cuando éste les quería arrebatarse sus tierras en el año 1856. “la tierra no pertenece al hombre; es el hombre el que pertenece a la tierra” Cada colina , cada valle , cada llano y alameda, están marcadas por algún recuerdo , triste o alegre , de la vida de mi tribu . Incluso las rocas que parecen descansar mudas mientras las baña el sol a lo largo de la silenciosa costa , en su solemne majestuosidad se alegran con la memoria de los antepasados sucesos , relacionados con la vida de mi gente ; hasta el polvo , que pisamos con nuestros pies , contesta amorosamente a nuestras pisadas , más que a las vuestras , porque son las cenizas de nuestros antepasados y nuestros desnudos pies , están conscientes de esta agradable comunicación , y porque el suelo está enriquecido con la historia de nuestros muertos.”

Resulta una paradoja inaceptable que esté protegido el lagarto verde y desprotegido el niño que nace en Etiopía o Sudán. Hay una ecología prioritaria de lo humano que no puede esperar más.

Los datos que vinculan la falta de cuidado del medio ambiente y su repercusión negativa en los seres humanos son sobrecogedores. En el presente hay unos 20 millones de refugiados por problemas medioambientales. La desertización afecta a casi 1200 millones de seres humanos. Se calcula que en 2015 más de 650 millones de personas no tendrán acceso al agua potable. La realidad de la inmigración, en un 60% está causada por problemas con el medioambiente. El efecto invernadero está produciendo una verdadera inquietud en la comunidad científica. Hay un exceso de gases en la atmósfera por la abundancia de CO₂ –dióxido de carbono- como consecuencia de la actividad del hombre. Necesitamos avanzar hacia un modelo nuevo de energía que sea más respetuoso con el equilibrio natural.

La ecología de la naturaleza

El jardín del Edén estaba protegido y Dios bajaba a pasearse por él muchas tardes. ¡Qué hermosa imagen para hablarnos de la naturaleza como obra de Dios y lugar de encuentro entre Dios y sus criaturas! Ésa es la realidad más hermosa: vivir en el paraíso en perfecta sintonía con el Creador. Es nuestra vocación irrenunciable. La naturaleza es el paraíso de Dios para la humanidad.

En el libro del Génesis, y de una manera simbólica muy bella, se va describiendo la creación en categorías temporales. Dios se empeña en la creación con mucho amor y acaba sintiéndose feliz: “Y vio que todo era bueno”

Jesús destaca el cuidado lleno de amor que el Padre pone en la naturaleza: “mirad los lirios del campo, ni Salomón en toda su gloria se vistió como uno de ellos”

Todos somos conscientes del don que supone la naturaleza para nosotros, pero no somos igual de conscientes a la hora de cuidarla, de ser detallistas con ella, de cambiar la mentalidad para que pasemos de ser consumistas a ser proteccionistas. El cuidado de la naturaleza pasa necesariamente por un cambio de mentalidad y de actitudes.

Detrás del maltrato y destrucción de la naturaleza se esconde todo un sistema opresor y degradante de lo humano amasado de intereses malsanos. No es una cuestión puramente bucólica o romántica. Estamos hablando de justicia estructural y derechos humanos.

“Vemos con nuestros propios ojos que la gente pobre de nuestro país, y de los países pobres, a menudo carece de los recursos y la capacidad para adaptarse y evitar de este modo las consecuencias negativas del cambio climático. Sus vidas, sus casas, sus niños y su trabajo son los que corren el mayor riesgo” (John Carr, obispo de EEUU a la Comisión del Senado sobre medio ambiente)

La ecología de la espiritualidad.

¿Qué es esto? Se trata en definitiva de cuidar espacios donde sea posible la vida, más vida y vida de más calidad. Lo nuestro es una apuesta indiscutible por la vida de calidad. La ecología de la espiritualidad significa una visión más completa de la naturaleza que no es únicamente una realidad material. Necesitamos hacer desplazamientos ideológicos y afectivos para situarnos correctamente en nuestro entorno con una mirada espiritual que nos haga valorar y querer nuestra tierra como ámbito privilegiado y necesario para la fe. Yo tengo mis dudas de que podamos cultivar una sana espiritualidad al margen de la llamada de la naturaleza. Necesitamos del Edén para poder conversar adecuadamente con Dios y pasear con Él por el jardín. Violentar la naturaleza es como ser arrojados del paraíso y perder el espacio natural donde el encuentro con Dios es posible. La naturaleza ha sido siempre un espacio privilegiado para el cultivo de la espiritualidad. Disponemos de cientos de ejemplos que así lo demuestran.

*“Mil gracias derramando
Pasó por estos sotos con premura
y yéndolos mirando, con solo sus figura
vestidos los dejó con su hermosura”*

Destruir este espacio espiritual es asfixiar aún más nuestra propia espiritualidad. La persona espiritual se fusiona con la naturaleza, se encuentra en ella, celebra y disfruta el don de la creación, se siente convocada con la naturaleza a una vocación común de encuentro con el Señor de la vida y de la historia.

En muchas comunidades religiosas se ha logrado integrar la naturaleza en la propia dinámica espiritual de la comunidad. Conozco alguna capilla, con amplias cristalerías que dan al campo. Recuerdo, por ejemplo, la capilla de las religiosas de María Inmaculada en Buitrago de Lozoya. Cuando estás en oración puedes contemplar el monte, el lago y la vieja muralla medieval así no resulta forzado rezar. ¡Un verdadero matrimonio entre espiritualidad y naturaleza! En la mayoría, sin embargo, el único pacto espiritual de nuestras capillas es con el hormigón puro y duro. ¡Inmensa pérdida!

Espiritualidad y ecología necesitan darse la mano y besarse todos los días como se besan la justicia y la paz.

Vamos a mirarnos un poco

Cada día que pasa en una de nuestras comunidades es una apuesta ecológica o una concesión más al basurero global.

Si nos levantamos y lo primero que hacemos es conectar la radio y sintonizar una emisora – la que sea- faltona, insultante, de mal gusto, agresiva...(Cada uno que se imagine la que crea) ya comenzamos el día faltando a la ecología de la palabra limpia y del respeto. Comenzamos a llenar la papelera. Vamos al aseo y preferimos la bañera a la ducha, dejamos correr el agua mientras nos enjabonamos en vez de cerrar la llave, y lo mismo hacemos mientras nos lavamos los dientes. Seguimos realizando nuestras tareas ineludibles y tiramos tres veces de la cadena; la primera por motivos mayores; la segunda para no dejar huellas del delito y la tercera por si acaso. Y echamos al desagüe una veintena de litros de agua potable con los que podía vivir un día entero una aldea en Etiopía.

Y después vienen las luces encendidas, que por cierto no son de bajo consumo. Sería un ejercicio saludable contar una noche cualquiera cuántas bombillas están encendidas sin necesidad en nuestras pequeñas chabolas. Nos quedaríamos asombrados del lujo del que nos rodeamos sin ser conscientes de ello.

Y no hablemos de la comida que tiramos porque recalentada no es sana, del pan que dejamos en el plato, de la cantidad de dulces que consumimos en el café (Como nos los regalan no los vamos a tirar que sería pecado mayor) y de la ropa que llena nuestros armarios y que probablemente ya nunca nos vamos a poner porque está pasada de moda. Y de los metros cuadrados de vivienda que disfrutamos en este tiempo de las viviendas de los 45 metros cuadrados.

Y si hablamos del papel es de traca. ¡Cuánto papel estropeado, inutilizado, malgastado! ¡Cuántos montones de folios por todos los sitios de nuestra habitación! Y menos mal que tenemos cada vez más la sana costumbre de echarlos para reciclar.

Los cajones de nuestro escritorio están seguramente llenos de pilas usadas, y alguna sin estrenar, que se pasan años esperando para ser depositadas en un lugar adecuado; hasta que un día nos cansamos y las echamos directamente a la papelera y nos quedamos tan tranquilos. Y en alguna ocasión en que no está la cocinera nos da por freírnos un par de huevos o un choricito del pueblo y después no sabemos qué hacer con el aceite usado. Para que la cocinera no vea la sartén sucia y nos crucifique a preguntas decidimos echar el aceite usado por el desagüe del fregadero y nos quedamos tan a gusto deshaciéndonos de la prueba del delito.

Y salimos a comprar el periódico hasta la esquina de la calle y cogemos el coche porque es más rápido, aunque sabemos que no es más ecológico ni más barato y además produce “michelines”. Y dejamos la televisión en stand, durante toda la noche, porque es más cómodo apagar con el mando desde la distancia y no tener que ir hasta el televisor para desconectarlo del todo. Y podíamos hablar de la calefacción y de cómo tenemos a veces que abrir la ventana porque hay demasiado calor. Y de cómo fumamos y contaminamos además de atentar contra nuestra

salud y de cómo tiramos los residuos, sin clasificar y sin reciclar, y un largo etcétera que ahora no vamos a detallar.

Y como decía Jesús a los fariseos “Y como éstas hacéis muchas”

Nos cuesta, tal vez porque no nos lo proponemos, entrar en una dinámica de austeridad, de pobreza y de preocupación por el medio ambiente. Pero en esos pequeños detalles, multiplicados por tantos millones de seres humanos, nos jugamos una posibilidad preciosa de mantener nuestro planeta en las mejores condiciones posibles. Y lo que es peor, estas actitudes de gasto y despreocupación, son signo de una sociedad opulenta y despreocupada de ese otro mundo que no puede malgastar porque lo necesita todo para sobrevivir.

Estamos contribuyendo así a la desigualdad escandalosa, a la injusticia estructural, al abuso prepotente de quien tiene de todo y todo lo quiere para sí. Hace falta entrar en el desierto del discernimiento y revisar a fondo nuestras actitudes insolidarias y poco comprometidas con la vida. El que no es fiel en lo poco no es fiel en lo mucho. Una educación para el voto de pobreza que no contempla la educación ecológica es una educación mutilada.

La vida consagrada, una propuesta alternativa por la austeridad y la justicia.

Los consagrados salimos con ventaja. Hemos hecho por convicción un voto de pobreza. Es lo menos que se puede hacer en un mundo de tantos pobres. Ir de ricos por la vida sería un insulto a tanta pobreza. Y así es como vamos. Darle una limosna a un pobre para que vea nuestro anillo de oro es una blasfemia que no podemos permitirnos si el evangelio nos ha tocado las fibras más profundas del corazón.

Desde la vida consagrada podemos ofrecer una alternativa ecológica y ardiente de justicia si sabemos tomar opciones oportunas en la cotidiana realidad que vivimos y consumimos. La vida no es para consumirla, es para celebrarla, agradecerla y compartirla.

Estoy convencido de que en los próximos años, los consagrados que aguantemos el tirón, vamos a mover ficha a favor de la ecología desde la coherencia que nos pide nuestro voto de pobreza. Una espiritualidad trabajada y coherente nos va a conducir a veredas de austeridad, de cercanía con los pobres, de disposición a compartir la vida y los bienes. Estas estructuras caducas que dan de nosotros una imagen de auténticos ricos se van a ir cerrando poco a poco, por necesidad en algunos casos y por convicción en otros.

Vamos a hacer desplazamientos geográficos y afectivos muy interesantes en el deseo de recuperar la profecía original de nuestros fundadores, que es la misma que nos está pidiendo hoy la Iglesia. Surgirán pequeñas comunidades ecológicas, que apostarán con fuerza por una convivencia serena y pacífica con la naturaleza, con energía solar, productos naturales para el consumo, propuestas de espiritualidad al aire libre y ejercicios ecológicos con la misma hondura que los espirituales.

Si nuestra opción se decanta sobre todo por la búsqueda de Dios, la experiencia de Dios y la celebración del Dios de Jesucristo, ¿por qué renunciar a los espacios naturales donde Dios se manifiesta con tanta fuerza y que han sido escenarios privilegiados de la oración y la vocación del mismo Jesús? Él se retiraba con frecuencia a orar al monte, al desierto, en plena noche, al lago, al huerto de los olivos...

La creación entera, gimiendo con dolores de parto, nos está convocando a hacer realidad otro mundo según el corazón de Dios. La vida ha de seguir alumbrando más vida y para eso es necesario cuidar los espacios donde la vida florece. No más concesiones al desierto, a la nada, a la muerte.

Caemos con una facilidad asombrosa en la trampa del mercado. Nos ofrecen cada día más productos atractivos e innecesarios, con facilidades de pago, regalos anejos, sorteos de viajes... y caemos en un consumo desmesurado. Así se mantiene la dinámica capitalista, mayor consumo, mayor inversión, más dinero, de nuevo más consumo...y no nos damos cuenta de que estos aumentos de consumo en los países ricos suponen, en la misma proporción, una sobreexplotación

y pobreza en los países pobres que son los que suministran las materias primas de nuestros productos finamente elaborados. Si no rompemos esta cadena de mentira, explotación y corrupción nuestro planeta no será sostenible en un periodo corto de tiempo y se producirán, como ya está sucediendo, corrientes migratorias muy intensas que generarán conflictos dolorosos.

La demanda creciente de papel necesitará de la deforestación de grandes espacios verdes arbolados y las reservas naturales son escasas, cada día más escasas.

Un nuevo estilo de consumir tiene que abrirse paso.

Por lo pronto hay que cambiar con urgencia la mentalidad del hombre consumista actual; no vivimos para consumir, ni la vida tiene como objetivo último consumir, ni somos por encima de todo consumidores. Somos hombres y mujeres para vivir en comunión y eso significa replantear nuestras relaciones, nuestros mercados, nuestros esquemas materialistas, para hacer una apuesta conjunta por la vida para todos. “He venido para que tengáis vida y vida abundante” la economía no puede dominar las relaciones humanas; son las relaciones humanas las que tienen que regular la economía. Y hoy parece que estamos sometidos a las leyes del mercado en una deshumanización creciente que enciende fácilmente la llama de las guerras.

La guerra de Irak, como todas las guerras, no ha sido encendida por motivos religiosos o culturales, como se nos ha querido hacer ver, han sido encendida por la mecha de los intereses económicos o de poder, que son lo mismo. Y en esa guerra, el petróleo no ha sido una cuestión baladí. Nos son las religiones, ni las civilizaciones las que están enfrentadas. Son los intereses económicos los que no se toleran porque los mercados son limitados y todos quieren dominarlos. Pongamos nombre a las cosas para que no nos manipulen permanentemente desde las instancias del poder. Y desde esta clave podemos entender fácilmente los mecanismos que ponen en marcha todas las guerras. Los hombres no se enfrentan por la idea distinta que pueden tener de Dios; lo hacen por la “mamona”.

Yo sueño con una propuesta profética y valiente desde la vida consagrada que tenga sensibilidad ecológica y nos permita avanzar hacia cumbres más humanas y menos económicas, dominadas más por la compasión que por el interés, y esta posibilidad está al alcance de nuestras pequeñas comunidades sin sabemos tomar opciones oportunas y referenciales. Cuando una comunidad religiosa se sitúa en perspectiva de ganancias económicas, -y las hay que yo las conozco- la dimensión profética se esfuma y se lubrican todavía más las piezas del engranaje explotador y puramente economicista. Los religiosos que apuestan por este estilo de vida se mostrarán orgullosos de lo que ganan -y conozco a algunos que lo están- pero en la misma medida están incapacitados para ser signos referenciales del Reino y de los valores más genuinos de su consagración. Para ese viaje no hacían falta alforjas. Que ellos se lo guisen y se lo coman.

Desconcierto de un consagrado que se había propuesto ser ecológico.

Gracias, Señor, por este entorno maravilloso que me has dado desde primera hora de la mañana.

Cuando abrí la persiana sentí en el rostro una caricia de luz maravillosa. ¡Qué belleza tienen los rayos de luz cuando se abrazan. Ya ves no hizo falta que encendiera la luz eléctrica, menos bella y menos poderosa. Además no tengo aún bombillas de bajo consumo.

No he querido conectar la radio porque ya sé que están hablando los de siempre, insultando a los de siempre y enfrentándonos a todos. Pensé en buscar una emisora más tolerante y respetuosa, y mientras no lo haga prefiero ahorrarme palabras malsonantes y agresivas. Tal vez así pueda escuchar mejor tu Palabra que es agradable al oído, aunque exigente, y me alivia cuando estoy cansado.

Bajé a la oración y alguien encendió todos los focos de la capilla. Los conté: doce focos encendidos. ¡Cuánto derroche innecesario de energía! Cuando llegó la meditación y el silencio, me

levanté y los apagué. Sólo quedó una vela encendida. Un ambiente cálido de penumbra y recogimiento nos invadió a todos. Ahora pude rezar sin violencias e incómodos. La luz que hemos de encender en la oración no es la de fuera sino la de dentro. En mi mente y en mi corazón han resonado una y otra vez las palabras “un cielo nuevo y una tierra nueva...”

Mi desayuno ha sido un caos. En mi comunidad todavía no se recicla. En el cubo de la basura estaban mezclados los tetrabrik con las latas, con los periódicos de ayer y los restos orgánicos de las comidas. Te confieso, Señor, que algo no me ha sentado bien en el desayuno de esta mañana. En temas ecológicos aún no nos hemos planteado la conversión.

Cuando me lavaba los dientes me he dado cuenta de que el agua del grifo corría y corría para nada mientras me cepillaba. Y así todos los días del año, dos o tres veces al día. En mi repisa del cuarto de baño tengo unos cuantos frascos acumulados: loción para el afeitado (perdón, qué atrasado: after shave), agua de colonia, espuma de afeitar, desodorante con pulverizador, un antiséptico bucal, agua oxigenada para las espinillas, alcohol para las heridas, jabón líquido para las manos, champú para uso diario y otro para la caspa, loción capilar para evitar la caída del cabello. De repente he pensado que mi padre sólo ha usado a lo largo de su vida agua y jabón y tiene más pelo que yo. Esto en vez de un cuarto de baño parece una farmacia. Y no sigo enumerando otros artilugios de aseo para ahorrar palabras.

Al salir a mi trabajo he visto tres pilas usadas tiradas en el pequeño jardín que hay en la entrada de nuestra casa. He pensado en el daño inmenso que esas pilas pueden hacer a la tierra, a las plantas y a las aguas subterráneas y las he recogido para depositarlas en un lugar adecuado. Si todos los habitantes de esta ciudad tiraran las pilas usadas en el jardín esto parecería chernobyl en sus peores tiempos.

En la oficina donde trabajo se acumulan los papeles sobre el escritorio. Parece la “papelorum progresio” . Al menos hay establecido un sistema de recogida de papel para el reciclaje. He revisado los papeles que tengo encima de mi mesa y he descubierto con cierto asombro que muchos más de la mitad eran inútiles. ¿Por qué nos empeñamos en usar y tirar tanto papel de manera innecesaria cuando sabemos que el papel viene de los árboles y los árboles escasean cada día más?

En la comida me he fijado en el frutero. Era grande y lleno de frutas variadas. Pero curiosamente apenas había frutas de temporada que son las más frescas y ricas y las más baratas. Parece que nos empeñamos en ir contracorriente con la naturaleza y, claro, nos sale caro.

En el tiempo de descanso después de la comida estaba conectada la televisión y nadie miraba para ella. No me he atrevido a apagarla por si acaso de repente a todos les entraba una terrible curiosidad y me lanzaban improperios bíblicos. En algún momento me he preguntado qué pasaría si decidiéramos no tener televisión en casa. Durante siglos los monjes no han tenido televisión y no se inquietaban y además para lo que hay que ver. Tal vez si renunciamos a la televisión nos vendría una tremenda crisis vocacional y no sabríamos qué hacer en el tiempo libre. O tal vez disfrutaríamos de un tiempo precioso para hablar, dialogar y aprender a conocernos un poco más y por tanto a amarnos más. ¿Sería un sacrilegio desprendernos de la televisión? Os confieso que no me atrevo a proponerlo en mi comunidad por si me exilian. O tal vez se podría pensar en racionar un poco el tiempo de ver la televisión. No sé pero tal vez nos entraría un “mono” insoportable.

Del tiempo libre, o sea del tiempo perdido, prefiero no hablar porque no entiendo nada. Todos nos contamos que estamos super ocupados y no tenemos tiempo para nada. A veces no llegamos a la oración comunitaria porque tenemos mucho trabajo. Pero nos tragamos todos los partidos de fútbol, los telediarios, el periódico, jugamos al tute, practicamos el deporte nacional (la siesta), nos vamos de vez en cuando al cine o al teatro, y nos damos un paseo largo todos los días por recomendación médica. Y si nos llama alguien para tomar un aperitivo nunca decimos que no.

He decidido no usar el ascensor para subir al tercer piso donde vivo. Se ahorra energía y además me mantengo en forma. Comprendo que es necesario para los mayores que no tienen la fortaleza de los jóvenes. Pero me admiro de que los mayores no lo usen para hacer un poco de ejercicio y que sean los más jóvenes los más partidarios del ascensor. Algo nos falla en la lógica de la austeridad.

En fin, que para ser un consagrado ecológico, necesito escuchar más el eco y ser más lógico.

No sea que nos pase lo que a aquel matrimonio, cuya esposa decía a una vecina: -Pues nosotros gracias a internet hemos entrado en la onda ecológica. Yo, por ejemplo, me he hecho vegetariana.

- ¿Ah, sí? -decía la vecina- ¿Y tu marido? - Mi marido se ha hecho vegetativo.

Recientemente desde CONFER se ha querido informar a la vida consagrada española de un proyecto con graves repercusiones ecológicas que financia el BBVA y que está causando grandes daños a los indígenas de la Amazonia peruana. Se trata de un proyecto de extracción de gas llamado "Camisea". Se pretende construir un gasoducto en una zona de alto valor ecológico en la Amazonia peruana. El gasoducto tiene que recorrer 700 kilómetros para ir desde la Amazonia hasta el costa del Pacífico atravesando los Andes. En total se calcula que unas 160.000 personas están siendo afectadas directamente por el proyecto. La ong SETEM, a través de Víctor Maeso, ha protestado ante la Junta de accionista del BBVA.

El Citigroup y el banco ABN-AMOR se han retirado del proyecto por las protestas que está generando en la población.

Creo que habrá que estar atentos a ver si el BBVA toma nota y actúa en consecuencia o de lo contrario la vida religiosa, que trabaja en gran medida con el BBVA, debería tomar decisiones.

CONCLUSIONES:

1.- La vida consagrada necesita reconciliación con la naturaleza. Es cuestión de comunión con la vida.

2.- La vida consagrada ha sido siempre una propuesta de austeridad. Y en el fondo la destrucción de la naturaleza tiene que ver con el lujo y la ambición.

3.- El voto de pobreza puede traducirse en nuestros días en apoyo de las causas justas que evitan la explotación y protegen nuestro entorno.

4.- La naturaleza es un ámbito teológico, que habita Dios mismo, y no podemos pasar de largo ante su destrucción.

5.- Es necesaria nueva cultura ecológica en nuestras vidas y en nuestras comunidades como solidaridad con los pobres y como apuesta por la naturaleza.